

VECINOS ILUSTRADOS

EL RECREO Fernando Martín Aduriz

¿Sabén que algunos quieren cambiarle el nombre? Según estos ‘intelectuales’ de la pedagogía, el nombre de recreo es antiguo y ya empiezan a denominarle en algunas programaciones y libros de otra manera. Agárrense. El nuevo nombre del recreo es *Segmento de ocio*.

¿Qué vas a hacer en el *segmento*? ¿Se imagina el lector que los chiguitos de 7 años tengan ese tipo de diálogo antes de entrar en el colegio?

Así son las cosas. Se cambian los nombres para evitar el recuerdo desagradable. Los nuevos monitores de tiempo libre asimismo se han formado en una nueva nomenclatura: los tradicionales fuegos de campamento tienen también otro nombre, ahora se llaman *Veladas*. Por no hablar de los anglicismos tan al uso que nos invaden cual *casting*.

El nombre del nombre tiene su miga. Esto no es tenido en cuenta por quienes nominan. Pero es tautológico porque tras el nombre del nombre viene el nombre del nombre del nombre. Y así *ad infinitum*. Es lo mismo que cuando se cambia el nombre de un establecimiento, de un bar, incluso de una calle. Se sigue nombrando ‘*lo que antes era...*’

Lo preocupante es que tras el cambio de nombre de recreo por el de segmento de ocio se esconda no sólo el deseo de olvidar los malos momentos del recreo infantil del señor pedagogo ministerial. Eso sería superable. El problema es que cambiándolo de nombre se crea modernizar la función. Y dar a entender que el recreo es una antigualla.

El recreo es una pieza de oro en cualquier institución educativa que se precie. Saber usar de su eficacia se ha puesto de realce a lo largo de la historia de la pedagogía. Fundamentalmente en nuestro país la ILE, la Institución Libre de Enseñanza fundada por Giner de los Ríos, impulsó el uso de los tiempos libres y las actividades extraescolares, frente a una pedagogía escolástica tradicional que pugnaba por dar énfasis perpetuo al silencio en clase, al trabajo escolar constante sin tregua. Tal fue la confrontación que las excursiones y el deporte, iniciados en la ILE, fueron tachados de pérdida de tiempo. Y algo de esto aún perdura. Se sigue pensando que el recreo es prescindible. Si alguien se porta mal no es castigado sin clase de matemáticas pongamos por ejemplo, sino que se le castiga sin recreo. Por supuesto, el maestro que actúa así va muy bien desorientado.

Porque si hay algo imprescindible en el horario escolar es justamente el recreo. Castigar sin recreo, es lo más temido por casi todos los niños. Digo casi, porque algunos provocan este tipo de castigos, sin saberlo, evitando así el difícil encuentro con la rivalidad. Hay párvulos que se pasan sus primeros recreos del brazo de su maestra. Pero son la excepción. Salir al recreo, la espera de la hora del recreo, pone a prueba la ansiedad infantil. Es alimento para la memoria el posterior recuerdo de lo que se ha hecho en los recreos, a qué se ha jugado, e incluso con el paso de los años, los recuerdos asociados a los amigos con quienes se jugó en los recreos, y por supuesto, los amores infantiles, el despliegue del enamoramiento infantil del que se suele hablar muy poco.

Detrás de los nombres van las ideologías. Recreo es divertimento. En griego, escuela y ocio, son sinónimos, como le gustaba decir a Bartolomé Cossio, y los latinos llamaron a su escuela, *ludus*, sinónimo de juego.

